

INCONSCIENTE Y TEORÍA DE LA ACCIÓN*

Daniel Widlöcher**

Es innegable que, en numerosas ocasiones, Freud manifestó cierto interés por investigaciones de psicología experimental que permitirían encontrar o aclarar datos de observación de la clínica psicoanalítica. Pero luego, salvo pocas excepciones, la separación entre las dos disciplinas se fue profundizando hasta que el desarrollo de las ciencias cognitivas provoca en los psicoanalistas un retorno de su interés. Se destacará, entre otras razones, que se establece un diálogo cuando la psicología experimental se interesa por las actividades mentales y cuando, según la expresión de Fodor, no se abstiene de ser “mentalista”. Este ha sido el caso de la psicología “científica” de fines del siglo pasado, particularmente en Alemania, mucho tiempo antes de la actual corriente de las ciencias cognitivas. De hecho, la psicología conductista cortó los puentes entre el psicoanálisis y la psicología experimental, reduciendo el campo de lo observable al comportamiento y recusando el princi-

* En *Inconscient et théorie de l'action. Actualité des modèles freudiens*. Colóquio de la *Revue Internationale de Psychopathologie* bajo la dirección de P. Fedida y D. Widlöcher. París, Presses Universitaires de France, 1995, págs. 107 a 121.

**Psicoanalista. Presidente de la IPA.

pio mismo de un estudio científico de la actividad mental. El modelo neuropsicológico descrito en el *Proyecto de una psicología científica* (Freud, 1895) aparece desde hace una decena de años inscripto claramente en el campo de las ciencias de la cognición.

Estaríamos tentados de forzar un poco más el trazo diciendo que el modelo psicoanalítico que toma su origen en el "Proyecto" pero que encuentra su formulación metapsicológica en el capítulo VII de la *Interpretación de los sueños* (Freud, 1900), constituye un aparato de puro conocimiento del mismo tenor que aquellos dependientes de las ciencias cognitivas, un aparato de tratamiento de la información a partir de índices provenientes del mundo exterior y de las disposiciones interiores; una fábrica de deseos y de juicios de este lado del acto. De ello dan cuenta la importancia del concepto de representación o el recurso a la metáfora óptica. Después de todo, ¿lo que explora el psicoanalista no es un aparato psíquico desconectado de la acción, ya se trate de la situación del sueño o de la del paciente invitado a una autoobservación en una situación de aislamiento?

Sin embargo, sería fácil mostrar que también existía en Freud un clínico preocupado por observar y explicar los tropiezos de la acción. El concepto de acto sintomático data de los *Estudios sobre la histeria* (Breuer, Freud, 1895). Podríamos decir que si el psicólogo, en Freud, se interesa ante todo por un modelo cognitivo del espíritu, el clínico —el psicopatólogo preocupado por explicar el síntoma— se interesa por el acto. Y de pronto, esta atención en el "acto" va a apoderarse del principio de Brentano, el de la intencionalidad, para enunciar que todo acto tiene un sentido, es decir que está dirigido hacia la realización de la meta que lleva consigo. Todo acto, ya sea el más raro o el más insignificante, está motivado. Lo que enunciaremos diciendo que todo acto es la realización de una acción¹. Veríamos entonces dibujarse en el proceder freudiano si no un clivaje, al menos una distancia entre una teoría psicopatológica de la acción y una metapsicología del cono-

cimiento. Yo ya había avanzado en esta dirección en *Metapsicología del sentido* (Widlöcher, 1986). Mi crítica de la teoría de la pulsión, crítica a menudo mal comprendida, se apoyaba en el hecho de que el concepto, en lugar de ser entendido como constituyente de una teoría de la acción (tomando en cuenta las categorías del objeto, de la meta y de la fuente) era hipostasiado como una fuerza somática que viene a movilizar un aparato psíquico, productor de representaciones; en sí, inerte.

Es interesante desviarnos un momento hacia un debate que marcó y continúa pesando sobre el cognitivismo. Hay que reconocer que el behaviorismo tuvo el mérito de proponer una explicación de la génesis y de la activación de los comportamientos. En ello, el behaviorismo no podía sino ser incompatible con la teoría psicoanalítica. Además del conflicto en torno al mentalismo, el behaviorismo introdujo un modelo explicativo simple del determinismo de los comportamientos apoyado en los condicionamientos clásico (pavloviano) y operante (skinneriano). Una de las dificultades mayores de este modelo fue explicar el aprendizaje de una secuencia de comportamientos donde sólo el último estaba provisto de una recompensa (aprendizaje de trayecto en un laberinto). La idea de Tolman en 1932 fue sustituir una teoría compleja de condicionamientos sucesivos por la simple, incluso simplista, teoría de que la rata (en este caso) utilizaba el tiempo de aprendizaje para establecer un mapa cognitivo que le permitiera desplazarse eficazmente en el laberinto. La rata no aprende a dirigirse en el laberinto gracias a una sucesión de respuestas aprendidas, sino porque organiza una representación global del ambiente. Lo que era posible para la rata debía serlo *a fortiori* para el ser humano. Cierta número de dispositivos experimentales debían demostrar la existencia de tal mapa cognitivo en especies de vertebrados más cercanos a los homínidos (Gallistel, 1980). Abriendo así el camino a investigaciones experimentales sobre actividades mentales de representación, Tolman puede ser considerado como

uno de los fundadores de la psicología cognitiva. Pero, hay que decirlo, el “behaviorista” Guthrie debía suscitar una pregunta, que permanecía irresuelta:

“Los signos, en la teoría de Tolman, ocasionan en la rata comprensión o cognición, o juicio o hipótesis o abstracción, pero no producen la acción. En su interés acerca de lo que ocurre en la mente de la rata, Tolman ha descuidado predecir qué hará la rata. Hasta donde la teoría llega, la rata sigue enterrada en pensamiento; si ella llega a la caja de comida del final ese es su problema, no de la teoría...” (Guthrie, 1935).*

La broma ilustra bien el meollo del debate: ¿el cognitivismo no está arriesgando al desdeñar la acción y la motivación?

El mérito del behaviorismo era, en efecto, explicar, sin duda de manera demasiado simple, sobre el modelo del reflejo, el desencadenamiento del acto. Pero hay que reconocer que el modelo “cognitivo” tenía el defecto de dejar la pregunta de la motivación fuera de su campo. ¿No era, en definitiva, reproducir el error de la metapsicología, el de construir un modelo puramente cognitivo apoyado en la excitación como externa al aparato, ya se trate de la excitación externa (el objeto) o interna (la excitación venida de la fuente)?

· Comprendemos por qué las principales corrientes de la psicología, en el ocaso del behaviorismo, han buscado dar un lugar a la acción y a sus motivaciones. Sería cómodo hacer la demostración

* [N. de los editores]: “Signs, in Tolman’s theory, occasion in the rat realization, or cognition, or judgement, or hypotheses, or abstraction, but they do not occasion action. In his concern with what goes in the rat’s mind, Tolman has neglected to predict what the rat will do. So far as the theory is concerned the rat is left buried in thought; if he gets to the food-box at the end that is his concern, not the concern of the theory (Guthrie, 1935).”

tanto en Piaget como en la corriente de la etología animal. Del primero retendremos la idea de esquemas de acción construyéndose a medida que las capacidades cognitivas se desarrollan, de la segunda, un repertorio de acciones potenciales propio a cada especie (etograma).

G. Miller, E. Galanter y K. H. Pribrams han introducido bajo el título *Plans and the Structure of Behavior* (1960), el manifiesto constitutivo de lo que se puede llamar la teoría de la acción, o modelo de la acción. En una perspectiva cognitiva resueltamente antibehaviorista, la teoría se apoya en la idea de que el organismo dispone de un conjunto finito de acciones potenciales (o programas motores) que se actualizan cuando situaciones u objetos actúan como agentes desencadenantes. El modelo está, pues, constituido por la organización del repertorio, las condiciones de desencadenamiento y el control de la ejecución de los planes.

Podemos, por otra parte, preguntarnos si una teoría de este tipo se sitúa en el interior del campo de las ciencias cognitivas o por fuera de él. Esta última posición está generalmente sostenida por aquellos que reprochaban (a veces no sin razón) al “cognitivismo” de interesarse solamente por el tratamiento de la información y dejar fuera de su campo de preocupaciones a los ámbitos de las motivaciones y los afectos. La primera, que me parece más abierta a una reflexión multidisciplinaria, no excluye estos ámbitos del campo de las ciencias cognitivas, en la medida en que la iniciación, la regulación y la memorización de las acciones resultan de operaciones tan “cognitivas” como la identificación y la memorización de las situaciones. La teoría de la acción puede entonces ser ubicada dentro o fuera de las ciencias cognitivas según se dé al término una aceptación amplia o estrecha.

Intencionalidad de la acción y modelo psicoanalítico

¿En qué difiere la noción de acción de la de comportamiento? La referencia a las palabras corre peligro aquí de ser tramposa en

la medida en que las palabras acto y acción tienen un empleo muy antiguo y pertenecían tanto a las lenguas populares como a las lenguas filosóficas mientras que la de comportamiento, relativamente reciente y bastante poco usada, sólo parece haber conocido un empleo al ser adoptada por el vocabulario técnico de la psicología.

La teoría moderna de la acción, en la medida en que se la puede liberar de sus fuentes tradicionales, debe ser concebida como la expresión de una crítica radical al concepto de comportamiento. Este último, definitivamente anexado por la corriente behaviorista, significaba el fenómeno motor observable por un tercero, en oposición al ámbito privado del pensamiento. En una preocupación de objetividad, era concebido independientemente de la meta que apuntaba a realizar, y como una respuesta a elementos objetivos del ambiente.

El acto es un acontecimiento que se inscribe en el tiempo, y que constituye la expresión o, mejor aun, la realización de la acción. Esta no es, entonces, inmediatamente observable, está inferida a partir del acto y es identificable por la intención que expresa. Diferentes comportamientos pueden expresar la misma acción: un gesto o una palabra pueden significar la misma intención. Por otra parte, la acción no se expresa solamente por actos motores; todas las fuentes del lenguaje sirven a la concreción de acciones, principalmente con pretensiones comunicativas y la actividad mental (operaciones mnésicas o resolución de problemas) realiza acciones.²

El concepto de acción se opone, pues, doblemente al de comportamiento. Por un lado, toma en cuenta la actividad mental bajo todas sus formas: pensar, hablar, callarse, efectuar un gesto son modalidades del actuar. Por otro, implica que toda acción está dirigida hacia la consecución de un objetivo.

Sería evidentemente absurdo pretender que tal definición constituya una novedad. Desde Aristóteles la filosofía no ha dejado de

interesarse por la acción. Y de Dilthey a Habermas, fue con ayuda de toda una reflexión fenomenológica para justificar la consistencia de la intencionalidad de la acción y rechazar la inscripción de la psicología de la acción en el marco de las ciencias de la naturaleza. La psicología del sentido común es, por otra parte, mucho más sensible a la noción de acción que a la de comportamiento. A la pregunta ¿qué hace? O ¿qué debo hacer?, la respuesta no consiste en describir el gesto o las palabras, sino la intención pretendida. Es en este sentido que la psicología behaviorista quiso justificar su rigor científico oponiéndose al sentido común con una actitud reduccionista. Al contrario, la fenomenología de la acción, apestando a la intencionalidad tanto en el sentido estrecho puramente finalista (toda acción tiene una meta) como en el sentido amplio de Brentano (hacer es hacer algo), reencontraba la intuición del sentido común. De allí la lectura hermenéutica del psicoanálisis que encontramos tanto en Ricoeur (1986) como en Habermas (1976). Por otro lado, encontraríamos la prefiguración de esta lectura en Politzer (1968), que veía en el psicoanálisis un intento desafortunadamente descarriado de psicología concreta que, dándole la espalda a las abstracciones mecanicistas que representaban las funciones mentales, tomaba en cuenta el sentido conocido o escondido de los actos reales del individuo. En una perspectiva cercana podríamos situar las reflexiones de R. Schäfer de su *A New Language for Psychoanalysis* (1976). En los dos casos lo que es criticado es la reificación bajo la forma de conceptos abstractos de las acciones y de las razones que las fundan. Un lenguaje mecanicista sustituye a la descripción verdadera de la experiencia clínica. Lo que en la teoría psicoanalítica se enuncia como la existencia de "instancias", es decir, de estructuras de funcionamiento de un aparato psíquico, y como las funciones de estas estructuras, no sería más que la formulación pedante y "pseudocientífica" de datos clínicos que se resumen al hecho de que un sujeto quiere, desea (o no sabe que quiere, desea) hacer cierta acción. Bajo la inspiración del

behaviorismo lógico de G. Ryle (1978), Schäfer niega al psicoanálisis lo que el filósofo de Oxford rechazaba de la psicología en general: la conceptualización de un modelo puramente analógico para dar cuenta de los datos inmediatos del obrar humano. Buscar los efectos de estas críticas sobre el pensamiento psicoanalítico, ya se trate de influencias directas o de reflexiones paralelas, sería un estudio largo pero interesante ya que, generalmente, se trata de un debate entre metapsicología y teoría clínica. Y, finalmente, se trata de prevenir toda integración del psicoanálisis en el ámbito de las ciencias de la naturaleza y de mantenerlo en el de las ciencias del espíritu.

Ahora bien, la cuestión es más compleja. Tomar en cuenta la intencionalidad de la acción no implica que el camino hermenéutico sea el único fundado para estudiarla. Evitaremos, pues, todo análisis reduccionista en razón de una confusión entre reduccionismos ontológico y metodológico. El primero postula que el hecho observado en un nivel dado (el hecho a reducir) pierde toda realidad cuando puede ser descompuesto en hechos más elementales. El segundo admite solamente que el hecho observado en un nivel dado se explica por un conjunto de otros hechos más elementales destinados a permitir su realización.

Entonces, si es razonable rechazar el reduccionismo ontológico, nada prohíbe tomar en cuenta el reduccionismo metodológico y buscar cómo la intencionalidad resulta de operaciones más elementales. Esto es situarse en el marco del funcionalismo. En *Metapsicología del sentido* yo había buscado abrir este camino para el psicoanálisis y mostrar que, contrariamente a lo que exponía R. Schäfer, el "lenguaje de la acción" no excluía tomar en cuenta mecanismos más elementales que aquellos que podían ser enfocados desde una metapsicología apartada de modelos anticuados. Por ello hay que recurrir a una teoría de la fuerza pulsional que no deba nada a la pseudonaturalista que constituye la teoría de la pulsión y liberar la explicación del proceso primario de toda refe-

rencia a una misteriosa energía psíquica.

El mayor reproche que puede hacerse a esta transcripción del lenguaje del psicoanálisis en “lenguaje de la acción” consiste, en efecto, en su rechazo de la metapsicología. Al nivel de la experiencia clínica está justificada. El lenguaje de la metapsicología es impropio para dar cuenta de la experiencia inmediata del clínico. Pero en un nivel explicativo de los fenómenos, el lenguaje de la metapsicología permanece fundado. De otra manera, el riesgo es reducir el funcionamiento del espíritu a una interacción entre sujetos³, es decir, a las representaciones de la psicología del sentido común. Por el contrario, como veremos, un modelo metapsicológico puede aportar mucho a la teoría de la acción.

Paralelamente, para fundar sus bases naturales sin por ello reducir la intencionalidad a un estatus de epifenómeno, la psicología de la acción tuvo que emprender un camino similar. Tenía que tomar sus distancias *vis-à-vis* de la hermenéutica de la acción para analizar mejor los procesos elementales según el modelo funcionalista. Este modelo se aplica a la acción como a toda otra forma de la vida del espíritu. *Si la intencionalidad la define bien a nivel personal, es decir al nivel donde se sitúa la experiencia conciente, tanto la de la acción propia como la de otro, debemos buscar los mecanismos elementales, no concientes, que contribuyen a su producción.* El estudio de estos mecanismos constituye los fundamentos de una teoría de la acción.

El modelo psicoanalítico y los mecanismos subpersonales

Se criticará sin duda la elección hecha aquí del singular: hablar de una teoría de la acción es tan simplificador como hablar de una teoría del movimiento o de una teoría de la energía. Simplemente podríamos conservar el singular si precisáramos que hacemos referencia a Newton o a Einstein. Lo que nos autoriza a hacerlo aquí

es la preocupación por definir un campo de competencia de esta teoría, en este caso los mecanismos subpersonales, elementales, que producen la acción. Esta teoría se constituye, por otra parte, progresivamente y los datos de la psicología behaviorista encuentran aquí su lugar al lado de los surgidos de la cibernética (Miller, Galanter y Pribram, 1960) o de la neurofisiología (Gallister, 1980).

Los mecanismos de producción propiamente dichos plantean tres problemas principales: el de la *organización secuencial*, el de la *organización jerárquica* y el de los *procedimientos de control*. Las acciones pertenecen a una *estructura diacrónica*. Se trata de fijar criterios que permitan recortar una acción en "sub-acciones" que aseguren su ejecución. Los límites de esta "séquençage" provocan dos preguntas. La primera concierne a la noción de acción de base que definiría una acción que no se ejecuta por ninguna otra acción. La segunda concierne a la transición entre la acción de base y los programas motores que aseguran la ejecución en un nivel todavía más elemental. Estas preguntas se plantean también en estudios sobre el comportamiento animal cuando se trata de describir los *patterns* motores (J.-C. Ruwet, 1975) y en los trabajos de inteligencia artificial destinados a describir la acción (R. Schank y R. Abelson, 1977).

La *organización jerárquica* consiste en el hecho de que la realización de una acción puede ser ejecutada gracias a diferentes actos. Una acción destinada a aplacar el hambre puede realizarse por la puesta en práctica de un programa que puede ser ejecutado en mi cocina o de otro que consista en ir a un restaurante. Este último puede estar subdividido según el restaurante elegido, el menú pedido, etc. Conviene distinguir un mecanismo de *potenciación* que hace que en un momento dado un conjunto de programas sea susceptible de ponerse en práctica en razón del estado de activación del programa de orden superior que los comanda y de un mecanismo de activación que desencadena en cada nivel el programa que se realiza efectivamente y que a su

turno potenciará los sub-programas que dependen de él (Gallister, 1980).

Los *procedimientos de control* intervienen a la vez en las organizaciones diacrónicas y sincrónicas que acaban de ser evocadas. Interesan las diferentes etapas de ejecución desde la *iniciación* de la acción (índices desencadenantes de la activación que son externos o internos al organismo), la *regulación* (o “monitoring”) que permite el ajuste progresivo hacia la meta final (P: Livet, 1994) y la *terminación*.

El conjunto de este modelo que, repitémoslo, integra los datos de investigaciones conducidas en diferentes ámbitos, no debe nada al psicoanálisis. Sin embargo, es perfectamente compatible con la manera en que éste considera los procesos de comunicación, de lo que dan cuenta también las observaciones directas sobre las relaciones precoces entre el niño y su entorno (Lebovici, 1983; Stern, 1989) así como las aplicaciones de ciertos métodos de las ciencias cognitivas a la descripción de datos clínicos (A. Braconnier y D. Widlöcher, 1991; C. Wegman, 1985).

Dos puntos merecen ser subrayados, uno de convergencia, otro de divergencia. El primero concierne a la estructura del modelo. Los mecanismos de decisión y de regulación son considerados independientemente de toda referencia a un sujeto. Son más mecanismos *Bottom-up* que *Top-down*. El segundo concierne a la noción de repertorio. Las acciones, en definitiva, ya están inscriptas en la memoria del organismo. Resultan desde el nacimiento de una diferenciación creciente y de efectos de aprendizaje. Están desencadenadas por indicadores externos (los “objetos”) e internos (los índices corporales). La noción de pulsión (pero también las de motivación o instinto) pierden su significación. Contrariamente al modelo freudiano, los índices corporales no ejercen una función de empuje (según el modelo energético) sino una función de señal. Desde el punto de vista de la energía, el empuje está ejercido por la activación del esquema de acción inscripto en el repertorio.

La pulsión en el sentido psicoanalítico del término corresponde al esquema de acción (definido por su propia dinámica, sus desencadenantes y su meta) y no más a una presión de origen somático. Este desplazamiento del lugar de origen de la energía propia de la acción ya había sido destacado por Miller, Galanter y Pribram:

*“... Los planes se realizan porque la gente está viva. Esto no es una declaración frívola, dado que mientras la gente se comporta, algún plan u otro debe ser llevado a cabo. De esta manera, el interrogante cambia desde por qué los planes se realizan a un interés hacia qué planes se realizan.” **

Intencionalidad de la acción consciente y subjetividad

Puede esperarse que el psicoanálisis tenga más que decir cuando se trata de volver al nivel de la intencionalidad y a las preguntas que provoca la conciencia de la acción. Entre estas últimas, al menos tres han retenido suficientemente la atención de los investigadores y teóricos para pretender si no recibir respuestas, al menos estar a la altura de ser enunciadas con cierta coherencia. Ellas conciernen a *la memoria de las acciones*, a *las condiciones de acceso a la conciencia* y *al lugar del sujeto*.

La memoria de las acciones interesa *a priori* tanto en el nivel personal intencional como en los niveles subpersonales. Acabamos de ver un modelo de organización jerárquica: una estructura arborescente contiene un conjunto finito y organizado de acciones

* [N. de los E.:] “Plans are executed because people are alive. This is not a facetious statement, for so long as people are behaving, some Plan and other must be executed. The question thus moves from why Plans are executed to a concern for which Plans are executed.”

susceptibles de ser activadas en condiciones dadas. De esta estructura acceden a la conciencia elementos bajo la forma de gustos, disposiciones u obligaciones. A medida que descendemos en el organigrama hacia acciones elementales, la dimensión consciente desaparece. Podemos enunciar: “Yo sé que querré ir al restaurante”, “estoy consciente de la elección que hago” pero a partir de allí se pone en práctica un conjunto de automatismos cuyo acceso a la conciencia es fragmentario y necesita de un esfuerzo de atención. Livet insistió en la importancia de estos automatismos, programas motores no conscientes que debutan con una fase preparatoria incluso antes del comienzo de la ejecución. Todo esto muestra que no podemos identificar la intención de actuar más que retrospectivamente una vez que la acción esté bien encaminada y cuando todo un sistema de control de la acción ha sido puesto en práctica.

La memorización consciente juega un rol en la memoria episódica que concierne a los acontecimientos que marcan la historia del organismo. No se trata ya de una forma de *savoir-faire* como en el caso anterior ni de un saber propiamente dicho, sino del conocimiento de las escenas concretas que marcaron la adquisición o la realización de un *savoir-faire* o de un saber: yo sé cuándo aprendí a jugar al bridge o en qué circunstancias comencé a hacerlo pero no sé cómo este aprendizaje se fijó en mi espíritu ni cómo se mantiene. Por otra parte, conviene establecer una distinción entre una memoria episódica elemental, inaccesible a la conciencia y cuyos índices son reconocibles gracias a los métodos experimentales y una forma consciente que se basa en las escenas del pasado y para la cual se tiende a retomar el término de memoria autobiográfica que representa la memoria consciente de la acción, la que en el *après-coup* permite describir la experiencia que fue la acción pasada.

Es evidentemente sobre este terreno que el psicoanálisis aporta una contribución esencial a una teoría de la acción. La memoria autobiográfica constituye la materia del sueño, ya se trate de hue-

llas mnémicas infantiles o de restos diurnos. Recordamos por otro lado el aforismo: "El histérico sufre de reminiscencias". La psicopatología psicoanalítica de las neurosis descansa sobre el rol de las huellas mnémicas y de la represión (Braconnier, 1994). A partir de los estudios psicoanalíticos actuales sobre el sueño (Palombo, 1992) podemos esperar un conocimiento profundizado de las modalidades de archivo en la memoria de las acciones pasadas.

Las *condiciones de acceso a la conciencia* están todavía poco estudiadas. La hipnosis había parecido en un tiempo ofrecer un método experimental interesante para precisar en cuáles condiciones una acción es percibida o puede ser descrita por el sujeto. Si bien los fenomenólogos y los filósofos se interesaron mucho en la manera en que un sujeto toma conocimiento de la acción de otro, las observaciones concernientes a la conciencia de sus propias acciones permanecen en el ámbito de la autoobservación.

Aquí también la experiencia del psicoanálisis abre el camino a observaciones interesantes. La regla fundamental requiere que la comunicación que el paciente establece con el analista obedezca a asociaciones de pensamiento tan involuntarias y poco controladas como fuera posible. Hete aquí que la comunicación así establecida conduce a un relato de acciones pasadas, ya se trate del pasado lejano o reciente, o de la representación que acaba de ocupar el pensamiento del sujeto (Widlöcher, 1993). El estudio fino de los procesos asociativos debería precisar cuáles son los elementos necesarios para que la evocación de una acción pueda dar materia a una experiencia consciente. ¿De qué indicadores disponemos para pensar y decir que llevamos a cabo tal o cual acción?

Sin embargo, la autoobservación aquí corre peligro de encontrar límites. ¿Cómo definir las conductas automáticas, las conductas elementales que entran en la composición de las acciones complejas? No nos acordamos de todo. ¿La selección de los incitadores o de las etapas de la acción proviene de la dimensión temporal de los acontecimientos, o de los procesos de atención selectiva? ¿Cuál?

es el papel del lenguaje y del acto de enunciación que retrospectivamente describe la acción que acabo de concretar? La psicología de la vida cotidiana nos muestra que los índices no conscientes que dan cuenta que estamos llevando a cabo una acción (un itinerario, por ejemplo) son, no obstante, “tratados” por procesos intencionales puesto que su brusca alteración (un error de orientación sobre el camino, la ausencia de una referencia habitual, etc.) es inmediatamente percibida. De igual modo, la representación de la meta juega un rol pero probablemente muy diferente del que nos sugiere la psicología del sentido común. Si yo sé que me dirijo a un lugar preciso, la representación de este lugar no interviene en lo absoluto en la conciencia de la meta de la acción. Los estados de despersonalización o de *déjà vu* alteran esta conciencia de la meta pero no sabemos sobre qué índices.

Se trata de un ámbito de investigación que interesa tanto a la filosofía del espíritu como a los trabajos experimentales. La representación de la acción, lo que se ha podido llamar la imagen de la acción (M. Jeannerod, 1994), está llamada a constituir un vasto ámbito de investigaciones. Éstas permitirán, sin duda, precisar mejor lo que se entiende por intención previa, concepto sobre el cual los filósofos ya han reflexionado ampliamente (Searle, 1985; Livet, 1994).

La *subjetividad de la acción* es una cuestión cercana pero distinta de la anterior. ¿Qué hace que yo sepa que soy yo quien lleva a cabo esta acción? Ya introducimos el término “sujeto” en las consideraciones precedentes sobre la conciencia. Es que, en efecto, es difícil de hacer economía cuando uno se sitúa desde el punto de vista de la intencionalidad. Sin embargo, la psicopatología nos muestra disociaciones posibles entre la conciencia de la acción y la de ser el agente de la acción. Las experiencias de automatismo mental, de acto forzado “teleguiado”, constituyen los mejores ejemplos. Pero habría que evocar igualmente las personalidades múltiples, las experiencias de *Split Brain*, es decir, tanto experiencias puramente psicógenas como estados de origen “lesional”. Encon-

tráramos aquí también la pregunta de Wittgenstein: “¿Qué es lo que queda, después que sustraje el hecho de que mi brazo se levanta, de que yo levante mi brazo?” (L. Wittgenstein, 1961).

El psicoanálisis, a su manera, realiza otra forma de disociación favoreciendo la toma de conciencia de que ciertas acciones dependen de una intención que no es la del sujeto consciente.

¿Podemos entonces hablar del inconsciente del sujeto como de otro sujeto? Freud habló de “otra escena psíquica” sin por ello tomar partido sobre la cuestión de saber si se trata todavía del mismo sujeto. La metapsicología freudiana, al referirse únicamente a un aparato psíquico, bordeó el debate. Lacan, hablando del “sujeto del inconsciente”, lo situó en una relación de exterioridad radical con respecto al “yo” y ubicó en el “discurso del Otro” la fuente de la palabra inconsciente. Vimos que quienes recusaban la metapsicología en nombre de la teoría de la acción se encontraban llevados a restablecer el estatus de sujeto para el acto inconsciente, siendo éste un acto enmascarado, desconocido, descalificado pero perteneciente al sujeto, que se encuentra ubicado en una posición de mala fe o de negativa. Por supuesto, es en torno a este debate que se posiciona el vínculo crucial del inconsciente (en el sentido psicoanalítico del término) con la teoría de la acción.

El inconsciente en acción

No retomaré aquí un estudio crítico de las teorías de la representación inconsciente. Me parece haber demostrado suficientemente (Widlöcher, 1986) que la teoría de la pulsión era incompatible con la de la acción. La representación de la acción reviste en la experiencia psicoanalítica la forma del fantasma. El fantasma es escena representada, el acto de fantasear consiste en representar cierta acción.

Hemos evocado más arriba el rol del lenguaje en la conciencia

de la acción. Podemos arriesgarnos a decir que lo propio del lenguaje más que designar objetos es describir las acciones. Oponiendo representaciones consciente e inconsciente, Freud habló, a propósito de la primera, de representación de palabra asociada a una representación de cosa, pensando que la huella verbal estaba asociada a la representación concreta del objeto mientras que una representación de cosa, privada del vínculo con la palabra, signaría la naturaleza inconsciente de la representación.

Creí poder mostrar que, por razones que consisten en ciertas propiedades de la representación inconsciente (leyes de los procesos primarios de pensamiento, realidad psíquica), obtenemos ventaja al describir la representación inconsciente como una representación-acción (o representación en acción). La acción representada "en" el inconsciente sería vivida sobre el modo de lo cumplido/consumado, es decir, bajo una forma afucinatoria.

Vemos que llegamos a enunciar una paradoja. Describimos a propósito del inconsciente una forma de acción que es el negativo de lo que la teoría de la acción nos hizo concebir. La acción inconsciente no estaría organizada en una estructura jerárquica sino que "flotaría" a la manera de una pieza o de una escena, despegada de todo contexto. Evidentemente, no sería accesible a la conciencia y no podría ponerse en palabras más que en un trabajo de reconstrucción. No sería la expresión del sujeto sino una escena impersonal buscando cumplirse, un guión en busca de autor o de actor, para parafrasear a Pirandello. Desde luego, este estatus tan particular de la acción inconsciente sería lo propio del inconsciente en el sentido tópico del término, una estructura propia del pensamiento y no en el sentido simplemente descriptivo en que se puede hablar de acción consciente reprimida.

Conclusión

¿Podemos decir, para concluir, que el modelo psicoanalítico se inscribe de pleno derecho en una teoría de la acción? Vemos, ciertamente, que deben ser tomados en cuenta un gran número de datos surgidos de la clínica psicoanalítica, y que, de igual modo, numerosos elementos de la teoría encuentran su lugar. Pero esto no es posible más que con dos condiciones.

La primera es abrir el campo de la teoría de la acción a un ámbito que, siendo inaccesible a la conciencia, se sitúe en el plano de la intencionalidad. Se trata, por otra parte, de una cuestión que concierne al conjunto del ámbito de la cognición. El lugar del psicoanálisis no será reconocido más que admitiendo la existencia de una intencionalidad inconsciente, independientemente de toda reducción al plano subpersonal.

La segunda condición es que el modelo metapsicológico propuesto a la reflexión multidisciplinaria, se libere de los elementos tomados de la ciencia de la naturaleza pasablemente superada y que estos vestigios no sean más tomados por *shibboleths* de la especificidad psicoanalítica. Nos hace falta un modelo metapsicológico que tome en cuenta los marcos de referencia fundamentales de la teoría de la acción. Apostemos a que la clínica psicoanalítica no tiene nada que perder y a que una teoría integrativa de la acción tiene todo para ganar. □

[TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS: CAROLINA KOBELESKY.
© SOCIEDAD ARGENTINA DE PSICOANÁLISIS, 2003]

Notas bibliográficas

¹ Se puede lamentar la vaguedad semántica que caracteriza el empleo actual de los términos de acto y de acción. A veces ello oscurece el

debate. Se puede esperar que el desarrollo de los trabajos irá en el sentido del uso retomado aquí, según el cual el acto define el acontecimiento material y la acción el sentido del acontecimiento.

² Se encontrará una definición profunda de la acción en la obra de P. Ricoeur (1996) y particularmente en el ensayo que dedicó a este tema en la obra publicada bajo su dirección, *La semántica de la acción* (1977). Mencionemos de igual modo el trabajo de F. Jacques publicado en el volumen colectivo *La explicación en psicología*, bajo el título "La explicación en las ciencias humanas" (1989). La sucinta bibliografía presentada al final del presente capítulo sólo tiene por objetivo indicar las contribuciones esenciales dedicadas a este ámbito.

³ Esta perspectiva interaccionista conoce actualmente cierto éxito sin duda ligado con la "dilución" de la teoría psicoanalítica. Se encontrará un buen ejemplo en la obra de T. Dorpat y M. Miller (*Clinical Interaction and the Analysis of Meaning*, 1992).

Bibliografía

- Braconnier, A., La régulation de l'action, en *Traité de psychopathologie* (dir. D. Widlöcher), Paris, PUF, 1994, p. 533-559.
- , Recherches sur la psychologie de l'action, en *Rev. Int. Psychopathologie*, 1990, 1, 245-250.
- ; Widlöcher D., *Psychanalyse et sciences cognitives*, en *Rev. Int. Psychopathologie*, 1991, 3, 23-228.
- Dorpat T. L., Miller M. L., *Clinical Interaction and the Analysis of Meaning. A New Psychoanalytic Theory*, Hillsdale, NJ, Londres, The Analytic Press, 1992.
- Freud S. (1895), Esquisse d'une psychologie scientifique, en *Naissance de la psychanalyse* (trad. franc. A. Berman), Paris, PUF, 1956.
- , (1900), *L'interprétation du rêve* (traduc. franc. I. Meyerson, D. Berger), Paris, PUF, 1967.
- , Breuer J. (1895), *Études sur l'hystérie* (traduc. franc. A. Berman), Paris, PUF, 1956.
- Gallistel C. R., *The Organization of Action. A New Synthesis*, Hillsdale, NJ,

- Lawrence Erlbaum, 1980.
- Guthrie E. R., *The Psychology of Learning*, New York, Harper, 1935; cit. p. 172.
- Habermas J., *Connaissance et intérêt* (trad. franc. G. Cléménçon), Paris, Gallimard, 1976.
- Jacques F., L'explication dans les sciences humaines, en *L'explication en psychologie*, Paris, PUF, 1980.
- Jeannerod M., The Representing Brain: Neural Correlates of Motor Intention and Imagery, en *Behavioural and Brain Sciences*, 1994, 17, 187-245.
- Lebovici, S., *Le nourrisson, la mère et le psychanalyste: les interactions précoces*, Paris, Editions du Centurion, 1983.
- Livet P., *La communauté virtuelle. Action et communications*, Combas, Editions de l'Éclat, 1994.
- Miller G., Galanter E., Pribram K. H., *Plans and the Structure of Behavior*, New York, Holt, 1960; cit. p. 62.
- Palombo S. R., Connectivity and Condensation in Dreaming, in *J. Am. Psychoanal. Association*, 1992, 40, 4, 1139-1159.
- Petit, J.L., *L'action dans la philosophie analytique*, Paris, PUF, 1991.
- Politzer G., *Critique des fondements de la psychologie*, Paris, PUF, 1968.
- Ricoeur P. (sous la dir. de), *La sémantique de l'action*, Paris, Editions du CNRS, 1977.
- , *Du texte à l'action*, Paris, Seuil, 1986.
- , *Soi-même comme un autre*, Seuil, 1990.
- Ruwet, J. C., *Ethologie: biologie du comportement*, Bruxelles, Mardaga, 1975.
- Ryle, G., *La notion d'esprit. Pour une critique des concepts mentaux* (trad. franc. S. Stern-Gillet), Paris, Payot, 1978.
- Schäfer, R., *A New Language for Psychoanalysis*, New Haven et Londres, Yale University Press, 1976 (trad. franc., Paris, PUF, 1990).
- Searle, J. R., *L'intentionnalité* (trad. franc. C. Pichevin), Paris, Ed. de Minuit, 1985.
- Shank, R., Abelson R., *Scripts, Plans, Goals and Understanding*, Hillsdale, N. J., Lawrence Erlbaum Ass., 1977.
- Stern, D., *Le monde interpersonnel du nourrisson*, Paris, PUF, 1989.
- Wegman, C., *Psychoanalysis and Cognitive Psychology. A Formalization*

of Freud's Earliest Theory, Londres, Academic Press, 1985.

Widlöcher, D., *Métapsychologie du sens*, Paris, PUF, 1986.

———, L'analyse cognitive du silence en psychanalyse. Quand les mots viennent à manquer, en *Rev. Int. Psychopathologie*, 1993, 12, 509-528.

Wittgenstein L., *Tractatus logico-philosophicus. Investigations philosophiques* (trad. franc. P. Klossowski), Paris, Gallimard, 1961; cit. p. 294.

Resumen

Las ciencias cognitivas, volviendo a dar una legitimidad científica al estudio de las actividades mentales, han permitido nuevamente el diálogo entre psicoanálisis y psicología científica. Sustituyendo la noción de comportamiento por la de acción, en particular a partir del criterio de intencionalidad, las teorías modernas de la acción pudieron integrar particularmente el modelo psicoanalítico. Los elementos de esta integración serán examinados en relación con la definición del concepto (criterio de intencionalidad), los mecanismos elementales, subpersonales y la conciencia de la acción. Al contrario, el modelo de la acción necesita que el concepto metapsicológico de pulsión sea radicalmente revisado. A partir de allí puede edificarse una teoría de la representación consciente como representación-acción. Gracias a lo que una metapsicología renovada iría, a su vez, a interrogar a la teoría de la acción.